

LA FORMACIÓN DE LOS EVANGELIOS EN EL IMPERIO ROMANO

Un buen punto de partida para estudiar la formación de los evangelios lo constituye en situarlos dentro de un mundo que nosotros podamos visualizar. El mundo del Jesús histórico en Palestina lo mismo que el de los escritores de los evangelios, fue un mundo remoto y extraño a nosotros que existió hace veinte siglos pero del que en la actualidad poseemos mayor información de lo que tuvimos hace unos 50 años. Y la razón es doble: Hoy poseemos más **datos** y contamos con unos nuevos **lentes**.

EL SISTEMA IMPERIAL DE ROMA

Roma heredó de Grecia la idea de que la historia del mundo comprendía cinco grandes eras o reinos. **El quinto, sería el último de ellos** y el más prominente en el mundo entero. Los cuatro primeros reinos de la historia universal habían ya llegado y se habían ido. **Roma era el quinto reino, el definitivo**. Muchos escritores de aquel entonces elogiaron las glorias romanas exaltando su grandeza y poderío, pues Roma para el tiempo en que el cristianismo nacía en el siglo I había alcanzado un punto tan elevado como ninguna nación en la tierra. **Roma estaba destinada a convertirse en el imperio del mundo**. Existen en las poesías del poeta **Horacio** algunos versos dedicados al emperador Cesar Augusto donde se vislumbra su grandeza y su eternidad: “A ti Augusto, mientras vives aquí entre nosotros, te conferimos honores divinos, te erigimos altares junto a los cuales juramos en tu nombre y confesamos que nadie como tu surgirá después de ti, ni ha surgido antes”. (Epístolas 2.1) Nadie anticipaba que estos versos entrarían en conflicto un día con la teología de Jesús de Nazaret.

El sistema imperial de Roma era como una amarra gigante que **sujetaba al imperio** como barco al muelle. Esa amarra tenía cuatro ramales distintos, pero entretreídos con cuatro poderes: **el poder militar, económico, político e ideológico**. No era ninguno de ellos por si solo, sino la integración de esos cuatro poderes lo que constituía el poder romano. De los cuatro sería el **poder ideológico** contra el que chocaría de frente el cristianismo. El enfrentamiento del cristianismo contra la ideología romana fue toda una **confrontación teológica y escatológica**.

Alrededor del año 70 d.C. se dieron dos hechos de importancia vital que marcaron un tiempo nuevo en el proceso formativo del cristianismo y en la redacción de los evangelios: **la guerra judía con la destrucción del Templo en el año 70 y la desaparición de los testigos directos de Jesús**.

LA GUERRA JUDÍA

Flavio Josefo en su obra “Las Guerras de los Judíos” cuenta que las relaciones de los judíos con los dominadores romanos se fueron tensando progresivamente a lo largo del siglo I hasta desembocar en la guerra del año 70. Después de varios enfrentamientos y motines violentos en diferentes lugares del territorio judío la reacción de los romanos fue implacable y sus tropas, primero bajo el mando de Vespasiano, y más tarde, de Tito, conquistaron Jerusalén prendiéndole fuego en Agosto del año 70 d.C. Algunos grupos de la resistencia judía huyeron de la ciudad y atrincherándose en Masada, una meseta inaccesible en el desierto sobre el Mar Muerto, en la que Herodes había construido un gran palacio; allí resistieron aún cuatro años más el asedio romano hasta que al final fueron exterminados, o procedieron a un suicidio colectivo, según lo cuenta Flavio Josefo.

La destrucción de Jerusalén y el Templo supuso el cuestionamiento fundamental de la identidad judía, que tenía su columna vertebral en el Templo. El judaísmo del siglo I se vio en la necesidad de redefinir su identidad; así la línea farisea fue dominando sobre las demás. **La línea farisea** era un movimiento no sacerdotal preocupado, ante todo, por el cultivo de la ley y por extender a la vida cotidiana unos preceptos de pureza que los sacerdotes restringían al Templo. Al final, esta línea prevaleció y acabó predominando el judaísmo rabínico, que marcaría toda la historia posterior.

Los discípulos de Jesús, lo mismo que miembros de la comunidad de Jerusalén, tras la muerte de Santiago, el hermano del Señor, huyeron a Pella, una ciudad helenística de Transjordania. Esta tradición, aunque con una

autenticidad muy discutida es recogida por **Eusebio de Cesarea** a principio del siglo IV (*HE* III, 5,3); en todo caso no se sabe si salieron de Jerusalén todos los discípulos de Jesús o regresaron tras la guerra, o como consideran algunos especialistas, ellos también pudieron haber participado con sus hermanos judíos en la guerra contra los romanos corriendo su misma suerte, es decir, fueron hechos esclavos o aniquilados.

En el año 70 fue destruido el Templo de Jerusalén mientras se cumplían cuarenta años de la muerte de Jesús. El evangelio de **Marcos escrito alrededor del año 70** es el primer evangelio que parece haberse originado en una comunidad eclesial que había experimentado recientemente la violencia y la persecución; hasta es posible que haya sido escrito en Roma debido a que la comunidad romana había sido víctima de una campaña de tortura bajo el emperador Nerón durante los años 64-66, años en los cuales probablemente murieron los apóstoles Pedro y Pablo. Existe evidencia de que Nerón crucificó cristianos en sus jardines privados incendiando luego las cruces para proveer iluminación durante la noche.

El evangelio de Marcos puede ofrecer algunas pistas sobre este asunto. **El capítulo 13** es un observatorio privilegiado sobre las circunstancias en que se encuentra la comunidad de Marcos que ayuda a fechar su obra. Las persecuciones de Mc 13:9-14 reflejan situaciones que se dieron con frecuencia en los inicios de la segunda generación. Las referencias a los acontecimientos de la guerra judía en el resto del capítulo son claras. Dado que lo más obvio es interpretar Mc 13:2 **“No quedará piedra sobre piedra que no sea derruida”** con la destrucción del Templo por los romanos en la guerra judía, lo más probable es fechar la redacción final del evangelio poco después del año 70. El tiempo mismo de la guerra parece poco propicio para la redacción de textos.

La opción propuesta, además, explica de forma coherente los datos más importantes del resto del capítulo. **“La abominación de la desolación erigida donde no debe”** (13:14) alude a la profanación del Templo (Dan 9:27) por los romanos. **La huida a los montes** (13:14) puede referirse a la emigración de los cristianos de Jerusalén a Pella (Transjordania) durante la guerra judía, de la que habla la tradición. Por tratarse de una ciudad helenista, la Decápolis tendría que haber sido un lugar atractivo para los judeocristianos helenistas que, con toda probabilidad, serían la mayoría de los que buscaron refugio en ella. Por otra parte, el hecho de que fuera conocida como una ciudad no judía la convertía en lugar de refugio seguro en la guerra de los romanos contra los judíos. **La advertencia contra los profetas y mesías falsos** (13:6.21-22) sale al paso de quienes con sus delirios religiosos engañaron al pueblo y le condujeron a la catástrofe de una guerra suicida.

LA DESAPARICIÓN DE LOS TESTIGOS DIRECTOS

La persecución de Nerón y guerra judía hicieron coincidir en el tiempo la desaparición de muchos de los testigos directos de Jesús. En un movimiento social la desaparición de los colaboradores inmediatos del líder que está en el origen es un momento decisivo y desencadena una serie de transformaciones sociales. (Por **testigos directos** entendemos un grupo amplio, con vinculaciones primarias, pero en algunos casos secundarios o a través de intermediarios relevantes, con Jesús de Nazaret).

La puesta por escrito de las tradiciones de Jesús formando una narración de tipo biográfico fue una reacción ante el momento crítico en que se encontraron las comunidades cristianas en torno al año 70. Fue una decisión que marcaría la historia posterior. La investigación actual supone que la forma adecuada de abordar el tema es examinando las relaciones entre tres elementos: **la memoria social, la oralidad y los textos escritos.**

Habría que distinguir entre los contemporáneos de Jesús, sus hijos (que serían muy jóvenes en las décadas de los años 30 y 40) y los descendientes de estos hijos (que serían los jóvenes de los años 70). En **psicología social** se observa que es **la generación de los nietos** la que muestra un interés mayor por la recuperación de la memoria histórica de sus ancestros. Lo que para sus padres era obvio, para ellos se convierte en una exigencia preciosa. **En un grupo étnico que emigra, los hijos fácilmente olvidan u ocultan las tradiciones y hasta la lengua patria para ser aceptados en la nueva situación, mientras que los nietos buscan sus raíces (apellidos, costumbres, lengua) y las reivindican como señal de identidad propia.** En torno a los años 70 encontramos una generación cristiana **especialmente interesada por recuperar las tradiciones de Jesús**, por rescatar esa **memoria social** para fundamentar la identidad propia del grupo cristiano al que pertenecían.

EL TRASFONDO DEL CULTO IMPERIAL

Durante esta segunda mitad del primer siglo la supremacía de Roma seguía fundamentada en su poderío económico y militar. Las provincias a lo largo de todo el Imperio, con sus colonias o sus ciudades sometidas, eran el lugar de donde Roma tomaba las riquezas que necesitaba para seguir manteniendo su supremacía y la forma de vida de sus habitantes. **La sumisión de las ciudades se lograba de formas diversas:** mediante la presencia y la fuerza del ejército, o de forma más sutil, **mediante el culto imperial** que representaba la gran expresión de lealtad a Roma y sus dirigentes.

Se trataba de un mecanismo ideológico mediante el cual los habitantes del Imperio se identificaban con los poderosos y los gobernantes, a la vez que obtenían favores, sobre todo económicos y políticos. Las ciudades rivalizaran entre sí por el privilegio de ser sede del culto imperial. Si bien es cierto que el Imperio romano era tolerante con las creencias particulares y su expresión en privado, también exigía una adhesión a su sistema de valores político-sociales que se sustentaban en una teología política que los legitimaba y que se expresaba mediante determinados actos sociales, **uno de los más importantes era el culto a la emperador**. El culto imperial y su ideología se hacía presente de formas variadas, mediante diferentes medios como estatuas, inscripciones, fiestas, juegos... Era un verdadero movimiento de propaganda imperial.

Los cristianos, como fueron llamados por primera vez en Antioquía, comenzaron a ser considerados un culto entre los muchos cultos originados y procedentes de Oriente que se extendían por el Imperio romano hasta llegar a la misma Roma y que, como ellos, tuvo que afrontar oposiciones, sospechas y restricciones en algunos momentos determinados. Comenzaba un período en el cual los grupos cristianos como tales, tuvieron que ir encontrando su lugar y su identidad en el seno de la sociedad grecorromana, y lo hicieron adoptando diferentes posiciones dentro de un espectro al que se ha definido con la expresión **“entre la adaptación y la resistencia”**.

LA RESPUESTA ESCATOLOGICA DE DIOS

La visión de la historia según el libro de Daniel se manifestó como una sucesión de imperios representados por fieras a causa de su poder irresistible e inhumano (Dan 7). Parecería que no había esperanza para los pueblos vencidos o sometidos. Sin embargo, así como los profetas habían proclamado que Dios era el Dios de todos los pueblos y el que regía la historia universal, así **los visionarios apocalípticos** veían a Dios sentado en su trono, como lo hacían los reyes cuando ejercían oficialmente su soberanía. Aunque parecía que se había ausentado de la historia, los apocalípticos llevaban a los creyentes el mensaje esperanzador de que Dios tenía la última palabra, la que decidiría todo. **El momento culminante de esta visión** era cuando del mundo divino llevaron hasta el Anciano que estaba sentado en el trono a uno **“como Hijo de hombre”**, luego el Anciano le entregaba el mando para siempre. Todavía las fieras llevarían hasta el clímax su fuerza deshumanizadora. Pero al fin serán vencidas por el Hijo del Hombre que reinaría para siempre en **el reino de los santos de Dios** (Dan 7:13-14).

De acuerdo a la mentalidad judía, **aquel a quien Dios enviaría para realizar la transformación escatológica del mundo tendría que ser un Mesías davídico**, un nuevo David; este, establecería la justicia y la paz definitivamente para el pueblo de Dios. Tendría que ser del linaje de David, o nacer en la ciudad de David. El David de la historia había vivido aproximadamente unos mil años antes de Jesús y su recuerdo mitificado teñido de ficción romántica y hechos históricos había sido imborrable. David había nacido en Belén. Aparte de su éxito personal obtenido en las batallas, fue su memoria la que permaneció en la conciencia de generaciones venideras y que fue asociada (proféticamente) a tiempos nuevos de paz, derecho y seguridad para el pueblo.

Esa visión y esperanza escatológica se consideraba como una visión alternativa a la famosa **“pax romana”** que los emperadores habían querido implantar en sus conquistas a través de los siglos. El reino escatológico de Dios significaba que **Dios había venido a establecer este quinto y definitivo a la tierra de forma definitiva**. Los relatos de los evangelios dan testimonio de la lucha y la resistencia experimentada por la segunda generación.

Este concepto de un Mesías davídico, ungido como rey guerrero para destruir a los enemigos de Israel e instaurar una era de paz sin límites era lo que constituía el núcleo común de mesianismo judío en torno al cambio

de era. Aunque la afirmación de que Jesús de Nazaret **ES** ese mesías esta por todos lados en el Nuevo Testamento, en él no encajaba el perfil típico de mesías davídico. En su calidad de Mesías davídico, o nuevo David, Jesús era humano, trascendente y no violento. Su instauración de la justicia y el derecho, tal como lo prometían los profetas no se llevaría a cabo por medio de la violencia, sino por medio de la no-violencia. **Los evangelios de Mateo y Lucas** coinciden en sus **relatos de la infancia** en que Jesús es el nuevo David. También coinciden en que era descendiente del linaje de David y en que nació en la ciudad de David.

SEÑOR Y SALVADOR DEL MUNDO ENTERO

El título de “*Salvador*” era utilizado desde el Antiguo Testamento para dirigirse al Dios de Israel (Isa 45:15). Además “*Salvador*” es un título aplicado tanto a Dios como a Jesús en ciertos textos del Nuevo Testamento. Un título favorito de Lucas que Juan utiliza solo una vez en “es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4:42). Lucas da a Jesús ese título en el Canto de María, en el Benedictus, en el anuncio a los pastores, y otros momentos de su evangelio y de Hechos. **La confrontación con el poder romano se hace evidente** cuando, según la teología imperial romana, **Cesar Augusto** fue quien “*salvó*” al imperio romano del suicidio de la guerra civil, siendo por ello ascendido a la categoría de “*salvador del mundo*”, *redentor, hijo de Dios*. La literatura, la poesía, la escultura celebraron su ascensión a su rango de divinidad. He aquí una inscripción encontrada:

*“Ya que la naturaleza eterna e inmortal de todo ha otorgado al género humano el mayor bien con extraordinarios dones al traer a **Cesar Augusto** a nuestra bendita época como el padre de su propia patria, la divina Roma, y ancestral Zeus, salvador de la raza común de los hombres, cuya providencia no solo ha escuchado las oraciones de todos, sino que en realidad las ha excedido. Pues **tierra y mar están en paz**, y las ciudades florecen con buen orden, concordia y prosperidad”*

DISTINGUIENDO LA TEOLOGÍA IMPERIAL ROMANA DE LA TEOLOGÍA CRISTIANA DE LOS EVANGELIOS

Ambas teologías proclaman que las cosas empezaron en el cielo por decretos celestiales. Ambas visiones anuncian el evangelio de la paz en la tierra y lo proclaman como una nueva creación, un nuevo inicio completo para la raza humana. Ambas vinculan ese evangelio con la concepción divina de un salvador predestinado. Además, tanto la teología romana como la teología cristiana de los evangelios aplican los mismos títulos a Augusto y a Jesús: Divino, Hijo de Dios, Redentor, Dios de Dios, Señor, Liberador y Salvador del mundo. **La visión romana** encarnada en Augusto proclamaba **paz mediante la victoria**, **La visión cristiana** encarnada en Jesús proclamaba **paz mediante la justicia**. Estas eran (y siguen siendo) las alternativas que estaban en juego a la hora de proclamar el señorío tanto de uno como del otro. Victoria por la violencia de la guerra, o victoria por la instauración de la paz por la justicia.

La presencia de Jesús desde su nacimiento genera conflicto. Pese a que en sus relatos se adivina un tono de gratitud por el motivo del cumplimiento, **Mateo** nos relata el complot iniciado por Herodes para matar a Jesús y la forma como se desencadena. **Es la resistencia de los soberanos de este mundo ante la venida del reino de Dios**. **Lucas**, por su parte, no oculta el tema de la alegría luminosa que supone el nacimiento de Jesús, pero junto a esta narración aparece también el tema del conflicto con los poderosos de este mundo. Los cantos puestos en boca de María, de Zacarías y de Simeón dejan entrever la crisis que se va a generar en virtud de la actividad pública de Jesús. El anciano Simeón le revela a María que “este niño será signo de contradicción, y así quedaran al descubierto las intenciones de todos...”. Así fue y así es ahora y siempre: Jesús trae consigo alegría y conflicto.

Los relatos de los evangelios hablan de un mundo nuevo, no como el de Augusto, sino como respuesta escatológica de Dios; se trata de transformar la tierra y darle un final a la era de la guerra, la violencia, la injusticia y la opresión. La respuesta de Dios en estos relatos habla de la transformación de la tierra, no de su destrucción; tratan de un mundo de justicia y de paz. **La opción entre la visión imperialista de Roma y el proyecto de Jesús continúa**. Nosotros afirmamos que la transformación del mundo no ocurrirá de una manera sobrenatural, sino de una manera participativa: Dios no lo hará sin nosotros, y nosotros no podemos hacerlo sin Dios. Nosotros, que como los Magos “hemos visto su estrella”, o que como los pastores hemos oído el canto de los ángeles, estamos llamados a participar en el nacimiento de un mundo nuevo según el deseo de Dios. En verdad, Jesús (no el Cesar), es el verdadero Hijo de Dios, el Salvador que tenía que venir al mundo.